

Dune

Frank Herbert

Traducción:
Domingo Santos



Título original: *Dune*
Primera edición

© Frank Herbert, 1965

Ilustración de cubierta: Opalworks

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-611-7 Depósito legal: B-30262-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A la gente cuyo trabajo va mas allá del campo de las ideas y penetra en la «realidad material»: a los ecólogos de las tierras áridas, dondequiera que estén, en cualquier tiempo donde trabajen, dedico esta tentativa de extrapolación con humildad y admiración.

—Frank Herbert, 1965

Índice

Libro primero	
Dune.....	9
Libro segundo	
Muad'Dib.....	201
Libro tercero	
El profeta.....	353
Apéndice I:	
La ecología de Dune.....	477
Apéndice II:	
La religión de Dune.....	485
Apéndice III:	
Informe sobre los motivos y propósitos de la Bene Gesserit.....	493
Apéndice IV:	
El almanaque Al-Ashraf.....	497
Terminología del Imperio.....	499
Notas cartográficas.....	518
Nota final, por Brian Herbert.....	519

Libro primero
Dune

Es en el momento de empezar cuando hay que cuidar atentamente que los equilibrios queden establecidos de la manera más exacta. Y esto lo sabe bien cada hermana Bene Gesserit. Así, para emprender este estudio acerca de la vida de Muad'Dib, primero hay que situarlo exactamente en su tiempo: nacido en el año 57 del emperador Padishah, Shaddam IV. Y hay que situar muy especialmente a Muad'Dib en su lugar: el planeta Arrakis. Y no hay que dejarse engañar por el hecho de que nació en Caladan y vivió allí los primeros quince años de su vida. Arrakis, el planeta conocido como Dune, será siempre su lugar.

—Del *Manual de Muad'Dib*, por la princesa Irulan

En la semana que precedió a la partida hacia Arrakis; cuando el frenesí de los últimos preparativos había alcanzado un nivel casi insoportable, una vieja mujer acudió a visitar a la madre del muchacho, Paul.

Era una suave noche en el castillo Caladan, y las antiguas piedras que habían sido el hogar de los Atréides durante veintisiete generaciones estaban impregnadas de aquel húmedo frescor que presagiaba un cambio de tiempo.

La vieja mujer fue introducida por una puerta secreta y conducida a través del abovedado pasadizo hasta la habitación de Paul, donde pudo observarlo un instante mientras yacía en su lecho.

A la débil luz de una lámpara flotante que se movía cerca del suelo, Paul, medio dormido, distinguía apenas la voluminosa silueta inmóvil en el umbral, y la de su madre, un paso más atrás. La vieja mujer era como la sombra de una bruja... con sus cabellos como tela de araña enmarañados alrededor de sus oscuras facciones y sus ojos brillando como piedras preciosas.

—¿No es un poco pequeño para su edad, Jessica? —preguntó la vieja mujer. Su voz silbaba y vibraba como la de un baliset mal afinado.

La madre de Paul respondió con su suave voz de contralto:

—Es bien sabido que entre los Atreides el crecimiento es algo tardío, vuestra reverencia.

—Se dice, se dice —siseó la vieja mujer—. Pero ya tiene quince años.

—Sí, vuestra reverencia.

—Está despierto y nos está escuchando —dijo la vieja mujer—. Astuto pillo. —Se rió—. Pero la nobleza necesita de la astucia. Y si es realmente el Kwisatz Haderach... bien...

En las sombras de su lecho, Paul entrecerró los ojos hasta reducirlos a dos líneas. Dos óvalos brillantes como los de un pájaro, los ojos de la vieja mujer, parecieron dilatarse y llamear mientras se clavaban en los suyos.

—Duerme bien, astuto pillo —murmuró la vieja mujer—. Mañana necesitarás de todas tus facultades para afrontar mi *gom jabbar*.

Y desapareció, arrastrando afuera a su madre y cerrando la puerta con un ruido sordo.

Paul permaneció desvelado, preguntándose *¿Qué será un gom jabbar?*

Entre toda la confusión de aquel período de cambio, la vieja mujer era lo más extraño que había podido ver.

Vuestra reverencia.

Y ella se había dirigido a su madre Jessica como a una sirvienta en lugar de como lo que ella era: una dama Bene Gesserit, la concubina de un duque y la madre del heredero ducal.

¿Es un gom jabbar algo de Arrakis que debo conocer antes de que vayamos allí?, se preguntó.

Silabeó aquellas extrañas palabras: *gom jabbar... Kwisatz Haderach*.

Eran tantas cosas que aprender. Arrakis era un lugar tan distinto a Caladan que la mente de Paul se perdía ante su solo pensamiento. *Arrakis... Dune... el planeta del desierto*.

Thufir Hawat, el maestro de asesinos de su padre, se lo había explicado: sus mortales enemigos, los Harkonnen, habían residido en Arrakis durante ochenta años, gobernando el planeta en un cuasi-feudo bajo un contrato con la Compañía CHOAM para la extracción de la especia geriátrica, la melange. Ahora, los Harkonnen iban a ser reemplazados por la Casa de los Atreides en pleno-feudo... una aparente victoria para el duque Leto. Pero, había dicho Hawat, esta apariencia contenía un peligro mortal, ya que el duque Leto era popular entre las Grandes Casas del Landsraad.

—Un hombre demasiado popular provoca los celos de los poderosos —había dicho Hawat.

Arrakis... Dune... el planeta del desierto.

Paul se durmió de nuevo y soñó con una caverna arrakena, con seres silenciosos irguiéndose a su alrededor a la pálida claridad de los globos. Todo era solemne, como en el interior de una catedral, y oía un débil sonido, el *drip-drip-drip* del agua. Incluso soñando, Paul sabía sin embargo que al despertar lo recordaría todo. Siempre recordaba sus sueños premonitorios.

El sueño se desvaneció.

Paul se despertó en el tibio lecho y pensó... pensó. Aquel mundo del castillo Caladan, donde no tenía juegos ni compañeros de su edad, quizá no mereciera la menor tristeza. El doctor Yueh, su preceptor, le había dado a entender de forma ocasional que el sistema de castas de los faufreluches no era tan rígido en Arrakis. En el planeta había gente que vivía al borde del desierto sin un caid o un bashar que la gobernase: los llamados fremen, elusivos como el viento del desierto, que ni siquiera figuraban en los censos de los registros imperiales.

Arrakis... Dune... el planeta del desierto.

Paul sintió sus propias tensiones y decidió practicar uno de los ejercicios corporales-mentales que le había enseñado su madre. Tres rápidas inspiraciones desencadenaron las respuestas: entró en estado de percepción flotante... ajustó su conciencia... dilatación aórtica... alejamiento de todo mecanismo no focalizado... concienciación deliberada... enriquecimiento de la sangre e irrigación de las regiones sobrecargadas... *nadie obtiene alimento, seguridad, libertad solo con el instinto...* La conciencia animal no se extiende más allá de un momento dado, como tampoco admite la posibilidad de la extinción de sus víctimas... el animal destruye y no produce... los placeres animales permanecen encerrados en el nivel de las sensaciones sin alcanzar la percepción... el ser humano necesita una escala graduada a través de la cual poder ver el universo... una conciencia selectivamente focalizada, esto forma su escala... La integridad del cuerpo depende del flujo nervioso-sanguíneo, sensible a las necesidades de cada una de las células... todos los seres, células, cosas son no permanentes... todo lucha para mantener el flujo de la permanencia...

La lección pasó y pasó a través de la flotante conciencia de Paul.

Cuando el alba tocó la ventana con su luz amarillenta, Paul la sintió a través de sus cerrados párpados; los abrió, oyendo los ecos de la actividad del castillo, y los fijó en el dibujo del artesonado del techo.

La puerta del vestíbulo se abrió y apareció su madre, con sus cabellos color bronce oscuro sujeto, formando como una corona mediante una cinta negra, su rostro ovalado impassible y sus ojos verdes con una expresión solemne.

—Estás despierto —dijo—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

La observó, estudiándola, y notó la tensión en el movimiento de sus hombros mientras escogía su ropa de las perchas en el armario. Cualquiera otro no se hubiera dado cuenta de aquella tensión, pero él había sido educado a la manera Bene Gesserit: a través de la más minuciosa observación. Su madre se volvió, presentándole una casaca de semiceremonia con el halcón rojo, emblema de los Atreides, bordado en el bolsillo.

—Apresúrate y vístete —dijo—. La reverenda madre está esperando.

—Una vez soñé con ella —dijo Paul—. ¿Quién es?

—Fue mi preceptora en la escuela Bene Gesserit. Hoy es la decidora de verdad del emperador. Y, Paul... —vaciló—. Tienes que hablarle de tus sueños.

—Lo haré. ¿Es ella la razón de que nos hayan dado Arrakis?

—No nos han dado Arrakis. —Jessica sacudió un par de pantalones y los colocó junto a la casaca, al lado del lecho—. No debes hacer esperar a la reverenda madre.

Paul se sentó y pasó los brazos alrededor de sus rodillas.

—¿Qué es un *gom jabbar*?

El adiestramiento que había recibido le hizo percibir de nuevo la invisible excitación de su madre, una motivación nerviosa que reconoció como miedo.

Jessica se acercó a la ventana, corrió las cortinas y durante un instante contempló, al otro lado del río, el monte Syubi.

—Pronto sabrás lo que es el *gom jabbar*... Demasiado pronto —dijo.

Una vez más notó el miedo en su voz, y se sintió intrigado.

Jessica habló sin volverse:

—La reverenda madre está esperando en mis salones. Por favor, apresúrate.

La reverenda madre Gaius Helen Mohiam estaba sentada en una silla tapizada, observando acercarse a madre e hijo. A uno y otro lado, las ventanas se abrían sobre la curva del río que corría hacia el sur y las tierras de cultivo de los Atreides, pero la reverenda madre ignoraba el paisaje. Aquella mañana le pesaban los años, lastrando sus hombros. Hacía responsable de ello a aquel viaje a través del espacio, asociado con aquella abominable Cofradía Espacial y sus oscuros designios. Pero aquella era una misión que requería la atención personal de una Bene Gesserit-con-la-Mirada. Y ni siquiera la propia decidora de verdad del emperador Padishah podía declinar tal responsabilidad cuando el deber la llamaba.

¡Condenada Jessica!, pensó la reverenda madre. *¡Si al menos nos hubiera engendrado una chica como se le había ordenado!*

Jessica se detuvo a tres pasos de la silla y esbozó una pequeña reverencia, con un ligero movimiento de su mano izquierda pellizcando apenas su falda. Paul se dobló en una breve inclinación, como le había enseñado su maestro de danza que debía hacerse... para usarlo «cuando hay dudas acerca del rango de la otra persona».

Los matices de la actitud de Paul no pasaron inadvertidos para la reverenda madre.

—Es prudente, Jessica —dijo.

La mano de Jessica apretó el hombro de Paul. Por un latido de corazón, el miedo pulsó a través de su palma. Pero recuperó rápidamente el control.

—Así ha sido educado, vuestra reverencia.

¿Qué es lo que teme?, se preguntó Paul.

La vieja mujer estudió a Paul, cada detalle de él, en una sola mirada: el rostro ovalado como el de Jessica, aunque más decidido; cabellos muy negro, como el del duque, pero con la línea de la frente del abuelo materno, aquel que no puede ser nombrado, así como su nariz, fina y desdeñosa; y los ojos verdes y penetrantes del viejo duque, su abuelo paterno ya muerto.

Aquel sí que era un hombre que apreciaba el poder de la bravura... incluso en la muerte, pensó la reverenda madre.

—La educación es una cosa —dijo—, los ingredientes básicos otra. Ya veremos. —Sus viejos ojos fulminaron a Jessica con una dura mirada—. Déjanos. Te ordeno que practiques la meditación de paz.

Jessica retiró su mano del hombro de Paul.

—Vuestra reverencia, yo...

—Jessica, sabes que hay que hacerlo.

Paul alzó sus ojos hacia su madre, perplejo.

Jessica se envaró.

—Sí... por supuesto.

Paul volvió a mirar a la reverenda madre.

La cortesía, y el obvio poder de la vieja mujer sobre su madre, aconsejaban prudencia. Sin embargo, sintió crecer una rabiosa aprensión ante el miedo que irradiaba de su madre.

—Paul... —Jessica inspiró profundamente—, esta prueba a la que vas a ser sometido... es importante para mí.

—¿Prueba? —la miró.

—Recuerda que eres el hijo de un duque —dijo Jessica. Dio media vuelta y abandonó el salón a largos pasos, con un seco roce de su vestido. La puerta se cerró sólidamente a sus espaldas.

Paul hizo frente a la vieja mujer, dominando su irritación.

—¿Desde cuándo se echa a la dama Jessica como si fuese una sirvienta?

Por un instante se dibujó una sonrisa en los ángulos de aquella vieja boca.

—La dama Jessica fue mi sirvienta, muchacho, durante catorce años, en la escuela —inclinó la cabeza—. Y una buena sirvienta, debo reconocerlo. ¡Y ahora, tú, acércate!

La orden fue como un latigazo. Paul se dio cuenta de que había obedecido incluso antes de haber reflexionado sobre ello. *Ha usado la Voz contra mí*, pensó. Ella lo detuvo con un gesto, cerca de sus rodillas.

—¿Ves esto? —preguntó. Sacó de entre los pliegues de su ropa un cubo de metal verde que tenía aproximadamente quince centímetros de lado. Lo hizo girar, y Paul vio que uno de sus lados estaba abierto, era negro y extrañamente aterrador. Ninguna luz penetraba en su abierta oscuridad.

—Mete tu mano derecha en esta caja —dijo ella.

El miedo se apoderó de Paul. Retrocedió, pero la vieja mujer dijo:

—¿Es así como obedeces a tu madre?

Afrontó la mirada de sus brillantes ojos de pájaro.

Lentamente, consciente de las compulsiones que surgían de su interior y que no podía rechazar, Paul metió su mano dentro de la caja. Al principio experimentó una sensación de frío a medida que la oscuridad rodeaba su mano, después sintió el contacto del liso metal en sus dedos y un hormigueo, como si su mano se adormeciera.

Una mirada predatoria apareció en el rostro de la vieja mujer. Apartó su mano derecha de la caja y la puso, cerrada, al lado de la nuca de Paul. Este vio un destello metálico y quiso volver la cabeza.

—¡Quieto! —dijo ella secamente.

¡Está usando de nuevo la Voz!

Observó de nuevo fijamente su rostro.

—Tengo sujeto el *gom jabbar* cerca de tu cuello —dijo—. El *gom jabbar*, el peor enemigo. Es una aguja con una gota de veneno en la punta. ¡Quieto! No te muevas, o el veneno te morderá.

Paul intentó deglutir, pero su garganta estaba seca. No conseguía apartar su atención de aquel viejo rostro arrugado, aquellos ojos centelleantes, aquellas encías pálidas, aquellos dientes de metal plateado que brillaban a cada palabra.

—El hijo de un duque debe saber acerca de venenos —dijo—. Es algo de nuestro tiempo, ¿no? El *musky*, para envenenar tu bebida. El *aumas*, para envenenar tu comida. Los venenos rápidos, los venenos lentos y los intermedios. Este es uno nuevo para ti: el *gom jabbar*. Solo mata a los animales.

El orgullo dominó el miedo de Paul.

—¿Pretendéis insinuar que el hijo de un duque es un animal? —preguntó.

—Digamos que sugiero que puedes ser humano —dijo—. ¡No te muevas! Te lo advierto, no intentes escapar de mi lado. Soy vieja, pero mi mano puede clavar esta aguja en tu cuello antes de que consigas alejarte lo suficiente.

—¿Quién sois? —siseó Paul—. ¿Cómo habéis hecho para engañar a mi madre y conseguir que me dejara a solas con vos? ¿Habéis sido enviada por los Harkonnen?

—¿Los Harkonnen? ¡Cielos, no! Ahora, cállate. —Un seco dedo tocó su nuca, y él tuvo que refrenar su involuntaria urgencia de escapar de allí—. Muy bien —dijo ella—. Has pasado la primera prueba. Ahora, esto es lo que falta: si retiras tu mano de la caja, morirás. Esta es la única regla. Deja tu mano en la caja, y vivirás. Quítala, y morirás.

Paul inspiró profundamente para evitar un estremecimiento.

—Si llamo, en un momento esto se llenará de sirvientes que caerán sobre vos, y seréis vos quien morirá.

—Los sirvientes no irán más allá de donde se encuentra tu madre, custodiando esa puerta. Puedes estar seguro. Tu madre sobrevivió a esta prueba. Ahora ha llegado tu turno. Siéntete honrado. Es raro que sometamos a los chicos a ella.

La curiosidad redujo el miedo de Paul hasta un nivel controlable. Había detectado la verdad en las palabras de la vieja mujer, no podía negarlo. Si su madre estaba allá, fuera de guardia... si realmente se trataba de una prueba... Y fuera como fuese, sabía que no podía sustraerse a ella, atrapado por aquella mano cerca de su nuca: el *gom jabbar*. Trajo a su mente las palabras de la letanía contra el miedo, del ritual Bene Gesserit, tal como su madre se las había enseñado:

No tengo miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo, ya no habrá nada. Solo estaré yo.

Sintió que la calma volvía a él y dijo:

—Terminemos ya con esto, vieja mujer.

—¡Vieja mujer! —exclamó ella—. Tienes valor, no puede negarse. Bien, vamos a ver esto, señor mío. —Se inclinó hacia él y su voz se convirtió en un susurro—. Vas a sentir dolor en la mano, y mi *gom jabbar* tocará tu cuello... y la muerte será tan rápida como el hacha del verdugo. Retira la mano, y el *gom jabbar* te matará. ¿Has comprendido?

—¿Qué hay en la caja?

—Dolor.

El escozor se hizo más intenso en su mano. Apretó los labios. ¿Cómo es posible que esto sea una prueba?, se preguntó. El escozor se convirtió en comezón.

—¿Has oído hablar de los animales que se devoran una pata para escapar de una trampa? —dijo la vieja mujer—. Esa es la astucia a la que recurriría un animal. Un humano permanecerá cogido en la trampa, soportará el dolor y fingirá estar muerto para coger por sorpresa al cazador y matarlo, y eliminar así un peligro para su especie.

La comezón aumentó en intensidad, hasta llegar a quemar.

—¿Por qué me hacéis esto? —preguntó.

—Para determinar si eres humano. Ahora, silencio.

Paul cerró fuertemente su mano izquierda, mientras la sensación de estar quemándose aumentaba en la otra mano. Crecía lentamente: calor y más calor... y más calor. Sintió que las uñas de su mano izquierda se clavaban en su palma. Intentó sostener los dedos de su mano que ardía, pero no consiguió moverlos.

—Se está quemando —siseó.

—¡Silencio!

El dolor ascendió por su brazo. El sudor perló su frente. Cada fibra de su cuerpo le gritaba que retirara su mano de aquel pozo ardiendo, pero... el *gom jabbar*. Sin girar la cabeza, intentó mover sus ojos para ver aquella terrible aguja envenenada acechando a su cuello. Se dio cuenta de que jadeaba e intentó dominarse sin conseguirlo.

¡Dolor!

Su mundo se vació por completo excepto su mano derecha inmersa en aquella agonía y aquel rostro surcado de arrugas que lo miraba fijamente a pocos centímetros del suyo.

Sus labios estaban tan secos que le costó separarlos.

¡Quema! ¡Quema!

Le pareció que la piel de aquella mano agonizante se arrugaba y ennegrecía, se agrietaba, caía, dejando tan solo huesos carbonizados.

¡Y luego todo cesó!

Como un interruptor que hubiera cortado el flujo de la corriente, el dolor cesó.

Paul sintió que su brazo derecho temblaba, el sudor seguía chorreando por todo su cuerpo.

—Ya basta —murmuró la vieja mujer—. ¡*Kull wahad!* Ningún hijo de mujer había tenido que soportar nunca tanto. He querido que fracasaras. —Se apartó, alejando el *gom jabbar* de su cuello—. Retira tu mano de la caja, joven, y míratela.

Reprimió un estremecimiento de dolor, y miró fijamente el oscuro hueco donde su mano, como movida por voluntad propia, se obstinaba en permanecer. El recuerdo del dolor le impedía moverse. La razón le susurraba que no iba a sacar más que un muñón renegrido de aquella caja.

—¡Retírala! —estalló ella.

Sacó la mano de la caja y la miró, atónito. Ni una señal. Ningún signo de la agonía sufrida por su carne. Alzó la mano, la giró, extendió los dedos.

—Dolor por inducción nerviosa —dijo ella—. No puedo ir por ahí mutilando potenciales seres humanos. De todos modos, habría más de uno que daría su mano por conocer el secreto de esta caja. —La tomó y la sumergió entre los pliegues de su ropa.

—Pero el dolor... —dijo Paul.

—El dolor —sorbí ruidosamente—. Un humano puede dominar cualquier nervio del cuerpo.

Paul notó que su mano izquierda le dolía, la abrió, y descubrió cuatro marcas sangrantes allí donde las uñas se habían clavado en su palma. Dejó caer la mano a lo largo de su costado y miró a la vieja mujer.

—¿Hicisteis esto mismo a mi madre?

—¿Has tamizado alguna vez la arena? —respondió ella.

La tangencial agresividad de su pregunta desencadenó en su mente un nivel más alto de consciencia. *Tamizar la arena*. Asintió.

—Nosotras, las Bene Gesserit, tamizamos a la gente para descubrir a los humanos.

Él levantó la mano derecha, intentando hallar el recuerdo de su dolor.

—¿Y eso es todo... el dolor?

—Te he observado en tu dolor, muchacho. El dolor es tan solo el eje de la prueba. Tu madre te ha enseñado la forma en que observamos. He visto en ti los signos de esta enseñanza. Nuestra prueba consiste en provocar una crisis y observar.

El tono de su voz confirmaba sus palabras. Paul dijo:

—Es cierto.

Ella le miró. *¿Percibe la verdad! ¿Quizá sea el que estamos buscando? ¿Quizá sea realmente el que estamos buscando?* Refrenó su excitación, recordándose a sí misma: *La esperanza ofusca la observación.*

—Sabes en qué momento la gente cree en lo que dice —indicó.

—Lo sé.

La armonía de su voz confirmaba, tras repetido examen, esta habilidad. Ella lo percibió y dijo:

—Quizá tú seas el Kwisatz Haderach. Siéntate, hermanito, aquí a mis pies.

—Prefiero permanecer de pie.

—Tu madre se sentó a mis pies, una vez.

—Yo no soy mi madre.

—Me detestas un poco ¿eh? —Miró hacia la puerta y llamó—: ¡Jessica!

La puerta se abrió y Jessica apareció en el umbral, mirando la estancia con ojos duros. Se suavizaron al ver a Paul. Consiguió sonreír débilmente.

—Jessica, ¿has dejado alguna vez de odiarme? —preguntó la vieja mujer.

—Os quiero y os odio a la vez —dijo Jessica—. El odio... es a causa del dolor que nunca podré olvidar. El amor... es...

—Solo los hechos básicos —dijo la vieja mujer, pero su voz era suave—. Puedes quedarte ahora, pero guarda silencio. Cierra esa puerta y asegúrate de que nadie nos interrumpa.

Jessica entró en la estancia, cerró la puerta y se mantuvo inmóvil, apoyada en ella. *Mi hijo vive, pensó. Mi hijo vive y es... humano. Yo lo sabía... pero... vive. Ahora yo también puedo seguir viviendo.* El contacto de la puerta era duro y real contra su espalda. Todo en la estancia era inmediato y ejercía presión contra sus sentidos.

Mi hijo vive.

Paul miraba a su madre. *Ha dicho la verdad.* Hubiera querido irse y estar solo y pensar en aquella experiencia, pero sabía que no podría hacerlo antes de recibir el permiso. La vieja mujer había adquirido una especie de poder sobre él. *Han*

dicho la verdad. Su madre había pasado aquella misma prueba. La finalidad de todo aquello debía ser terrible... el dolor y el miedo habían sido terribles. Y conocía la naturaleza de todo aquello, las finalidades que se persiguen a toda costa, aquellas que traen consigo la propia urgencia de ser llevadas a cabo. Paul sentía que esa terrible finalidad le había sido inoculada. Pero no sabía aún cuál era exactamente.

—Algún día, muchacho —dijo la vieja mujer—, tú también deberás esperar tras una puerta como ella. Se necesita mucha medida para hacerlo.

Paul miró su mano a través de la cual había conocido el dolor, luego miró a la reverenda madre. El sonido de su voz contenía una diferenciación que la distinguía de todas las otras voces que había oído en su experiencia. Las palabras habían sido precisas y brillantes. Sus palabras sonaban especiales. Sintió que cualquier pregunta que hubiera hecho habría recibido una respuesta que lo hubiera elevado fuera de su mundo carnal hacia algo más grande.

—¿Por qué evaluáis a los humanos? —preguntó.

—Para hacerlos libres.

—¿Libres?

—Hubo un tiempo en que los hombres dedicaban su pensamiento a las máquinas, con la esperanza de que ellas les harían libres. Pero esto solo permitió que otros hombres con máquinas les esclavizaran.

—«No construirás una máquina a semejanza de la mente del hombre» —citó Paul.

—Esto es lo que dicen la yihad butleriana y la Biblia Católica Naranja —dijo—. Pero en realidad la Biblia C. N. tendría que haber dicho: «No construirás una máquina que imite la mente humana». ¿Has estudiado con el mentat a tu servicio?

—He estudiado con Thufir Hawat.

—La Gran Revolución nos ha librado de nuestras muletas —dijo la vieja mujer—. Ha forzado a las mentes humanas a desarrollarse. Se fundaron escuelas para adiestrar los talentos humanos.

—¿Las escuelas Bene Gesserit?

Ella asintió.

—Han sobrevivido dos de esas antiguas escuelas: la Bene Gesserit y la Cofradía Espacial. La Cofradía, eso es al menos lo que pensamos, concentra todos sus esfuerzos en las matemáticas puras. La Bene Gesserit desarrolla otra función.

—Política —dijo Paul.

—¡*Kull wahad!* —dijo la vieja mujer. Dirigió a Jessica una dura mirada.

—No le he dicho nada, vuestra reverencia —dijo Jessica.

La reverenda madre volvió su atención hacia Paul.

—Has necesitado pocos indicios para deducir eso —dijo—. En efecto, política. La escuela Bene Gesserit original estaba dirigida por aquellos que intuyeron que se necesitaba una continuidad en las relaciones humanas. Vieron que esta continuidad no podía existir sin separar el linaje humano del linaje animal... por razones de selección.

Las palabras de la vieja mujer perdieron bruscamente aquella claridad especial para Paul. Percibía una ofensa hacia aquello que su madre llamaba instinto para la sinceridad. No era que la reverenda madre le mintiera. Obviamente, ella creía en

lo que le estaba diciendo. Era algo más profundo, algo ligado a aquella terrible finalidad.

—Pero mi madre me ha dicho que muchas Bene Gesserit de las escuelas ignoran cuál es su genealogía —dijo.

—Las ascendencias genéticas están todas en nuestros archivos —dijo ella—. Tu madre sabe que es de ascendencia Bene Gesserit, o que fue aceptada como tal.

—Entonces, ¿por qué nunca ha sabido quiénes fueron sus padres?

—Algunas lo saben, otras no. Puede ocurrir, por ejemplo, que deseemos que procee con un consanguíneo a fin de convertir en dominante alguna característica genética. Tenemos multitud de razones.

Paul percibió la ofensa hacia su instinto para la sinceridad. Dijo:

—Decidís muchas cosas por vos misma.

La reverenda madre le miró en silencio, pensando: *¿Hay una crítica en su voz?*

—Nuestra carga es pesada —dijo.

Paul se dio cuenta de que se estaba recuperando cada vez más de la conmoción de la prueba. La miró tranquilamente y dijo:

—Decís que tal vez yo sea el... Kwisatz Haderach. *¿Qué es eso, un gom jabbar humano?*

—¡Paul! —dijo Jessica—. No debes emplear ese tono con...

—No te metas en esto, Jessica —dijo la vieja mujer—. Muchacho, ¿conoces la droga de la decidora de verdad?

—La tomáis para incrementar vuestra habilidad de detectar falsedades —dijo él—. Mi madre me lo explicó.

—¿Has asistido alguna vez a un trance de verdad?

Agitó la cabeza.

—No.

—La droga es peligrosa —dijo ella—, pero te confiere la intuición. Cuando una decidora de verdad tiene el don de la droga, puede mirar en muchos lugares de su memoria... de la memoria de su cuerpo. Podemos mirar hacia muchas avenidas del pasado... pero únicamente hacia las avenidas femeninas. —Su voz tuvo un asomo de tristeza—. Sin embargo, hay un lugar donde ninguna decidora de verdad puede mirar. Nos vemos repelidas por él, aterrorizadas. Pero está dicho que un día vendrá un hombre que, con el don de la droga, podrá ver con su ojo interior. Podrá ver donde ninguna de nosotras podemos... en los dos pasados, masculino y femenino.

—¿Vuestro Kwisatz Haderach?

—Sí, aquel que puede estar en muchos lugares a la vez: el Kwisatz Haderach. Muchos hombres han probado la droga... muchos, y ninguno ha tenido éxito.

—¿Todos ellos lo han intentado y han fallado?

—Oh, no. —Ella agitó la cabeza—. Lo han intentado y han muerto.

2

Intentar comprender a Muad'Dib sin comprender a sus mortales enemigos, los Harkonnen, es intentar ver la verdad sin conocer la mentira. Es intentar ver la luz sin conocer las tinieblas. Es imposible.

—Del *Manual de Muad'Dib*, por la princesa Irulan

Era la esfera de un mundo, parcialmente en las sombras, girando bajo el impulso de una gruesa mano llena de brillantes anillos. La esfera estaba sujeta a un soporte articulado fijo a una pared de una estancia sin ventanas, cuyas otras paredes presentaban un mosaico multicolor de pergaminos, videolibros, cintas y bobinas. La luz, procedente de globos dorados suspendidos en sus campos móviles, iluminaba vagamente la estancia.

Un escritorio elipsoide revestido de madera de elacca petrificada de color rosa y jade se hallaba en el centro de la estancia. Algunas sillas flotantes, monoformes, se encontraban a su alrededor. Dos estaban ocupadas. En una de ellas se sentaba un joven de cabello negro, de unos dieciséis años, de cara redonda y ojos tristes. El otro era un hombre pequeño y delgado de rostro afeminado.

Ambos, el joven y el hombre, contemplaban la esfera que giraba, y al hombre que la hacía girar desde la penumbra.

Una risa ahogada surgió junto a la esfera.

Dejó paso a una voz baja y retumbante:

—Aquí está, Piter. La mayor trampa para hombres de toda la historia. Y el duque se apresura a colocarse de buen grado entre sus fauces. ¿No es un magnífico plan preparado por mí, el barón Vladimir Harkonnen?

—Por supuesto, barón —dijo el hombre. Su voz era de tenor, con una calidad suave y musical.

La gruesa mano hizo descender la esfera y detuvo su rotación. Ahora, todos los ojos en la estancia podían contemplar la superficie inmóvil y ver que se trataba de una esfera hecha para los más ricos coleccionistas o los gobernadores planetarios del

Imperio. Todo en él sugería el sello característico de los artesanos imperiales. Las líneas de longitud y latitud estaban marcadas con el más fino hilo de platino. Los casquetes polares eran maravillosos diamantes incrustados.

La gruesa mano se movió, recorriendo los detalles de la superficie.

—Os invito a observar —retumbó la voz de bajo—. Observa bien, Piter, y tú también, Feyd-Rautha, querido, desde los sesenta grados norte hasta los sesenta grados sur, esos exquisitos repliegues, esos colores, ¿no os recuerdan un dulce caramelo? Y en ningún lugar veréis el azul de lagos o ríos o mares. Y esos encantadores casquetes polares... tan pequeños. ¿Puede alguien equivocarse al identificarlo? ¡Arrakis! Realmente único. Un soberbio escenario para una victoria única.

Una sonrisa distendió los labios de Piter.

—Y pensar, barón, que el emperador Padishah cree haber ofrecido al duque vuestro planeta de especia. Qué divertido.

—Esa es una observación absurda —gruñó el barón—. Lo dices para confundir al joven Feyd-Rautha, pero no es necesario confundir a mi sobrino.

El joven de la mirada triste se agitó en su silla, alisándose una arruga de sus medias negras. Después se enderezó, al oír una discreta llamada en la puerta, a sus espaldas.

Piter se arrancó de su silla, se dirigió a la puerta, y la abrió tan solo lo suficiente como para tomar el cilindro de mensajes que le tendían. Volvió a cerrarla, desenrolló el cilindro y lo leyó. Rió en voz baja. Y rió otra vez.

—¿Y bien? —preguntó el barón.

—¡El idiota nos responde, barón!

—¿Desde cuándo un Atreides rechaza la oportunidad de demostrar un gesto? —preguntó el barón—. Bien, ¿qué es lo que dice?

—Se muestra más bien grosero, barón. Se dirige a vos como «Harkonnen»... sin el «Señor y querido primo», sin ningún título, sin nada.

—Es un buen nombre —gruñó el barón, y su voz traicionaba su impaciencia—. ¿Y qué es lo que dice mi querido Leto?

—Dice: «Tu oferta de una reunión no ha sido aceptada. He tenido que enfrentarme muchas veces con tus traiciones, todo el mundo lo sabe».

—¿Y? —preguntó el barón.

—Dice: «El arte del *kanly* tiene aún sus admiradores en el seno del Imperio.» Y firma: «Duque Leto de Arrakis». —Piter se echó a reír—. ¡De Arrakis! ¡Oh, eso sí que es bueno!

—Cállate, Piter —dijo el barón, y la risa del otro se cortó como si alguien hubiera accionado un conmutador—. ¿*Kanly*, dice? —preguntó—. *Vendetta*, ¿eh? Y ha empleado ese antiguo término tan rico en tradiciones para que yo entendiera bien lo que quería decir.

—Habéis hecho el gesto de paz —dijo Piter—. Las formas han sido observadas.

—Para ser un mentat, Piter, hablas demasiado —dijo el barón. Y pensó: *Voy a tener que desembarazarme de él tan pronto como pueda. Casi ha sobrevivido a su utilidad.* Miró a su mentat asesino, al otro lado de la habitación, observando el detalle que la gente notaba en primer lugar: los ojos, dos hendiduras azules con un azul más intenso en su interior, unos ojos sin el menor blanco.

Una breve sonrisa cruzó el rostro de Piter. Era como la mueca de una máscara bajo aquellos ojos parecidos a dos profundos pozos.

—¡Pero, barón! Nunca una venganza ha sido más hermosa. El plan constituye la traición más exquisita: hacer que Leto cambie Caladan por Dune... sin la menor alternativa, puesto que se trata de una orden del emperador. ¡Vaya broma por vuestra parte!

—Hablas demasiado, Piter —dijo el barón con voz fría.

—Pero es que soy feliz, mi barón. Mientras que vos... vos habéis sido tocado por la envidia.

—¡Piter!

—¡Ajá, barón! ¿No es lamentable que vos hayáis sido incapaz de imaginar por vos mismo ese delicado plan?

—Algún día haré que te estrangulen, Piter.

—Por supuesto, barón. ¡En fin! Pero una buena acción nunca se pierde, ¿eh?

—¿Has masticado verite o semuta, Piter?

—La verdad sin miedo sorprende al barón —dijo Piter. Su rostro se convirtió en la caricatura de una hilarante máscara—. ¡Ja, ja! Pero ved, barón, puesto que soy un mentat, sé el momento en que me mandaréis ejecutar. Evitad hacerlo mientras aún pueda seros útil. Ordenarlo prematuramente sería un despilfarro, puesto que yo aún os soy muy aprovechable. Sé algo que os ha enseñado ese adorable planeta, Dune: no despilfarrar nunca. ¿Cierto, barón?

El barón continuó mirando a Piter.

Feyd-Rautha se estremeció en su silla. *¡Estos locos pendencieros!, pensó. Mi tío no puede hablarle a su mentat sin discutir. ¿Creen que los demás no tenemos otra cosa que hacer que escuchar sus disputas?*

—Feyd —dijo el barón—. Cuando te invité aquí te dije que escucharas y aprendieras. ¿Estás aprendiendo?

—Sí, tío —la voz era prudente y respetuosa.

—A veces me hago preguntas acerca de Piter —dijo el barón—. Yo causo dolor a los demás por necesidad, pero él... Juraría que disfruta con ello. Por mi parte, siento compasión por el pobre duque Leto. El doctor Yueh actuará contra él muy pronto, y ese será el fin de todos los Atreides. Pero seguramente Leto sabrá cuál es la mano que guía a aquel maleable doctor... y saberlo será para él algo terrible.

—Entonces, ¿por qué no habéis ordenado al doctor que le clavara un kindjal entre las costillas, serena y eficientemente? —preguntó Piter—. Habláis de piedad, pero...

—El duque debe saber que soy yo quien le ha condenado —dijo el barón—. Y las demás Grandes Casas deben saberlo también. Esto las frenará un poco. Así tendré algo más de campo para maniobrar. Es obviamente necesario, pero eso no quiere decir que me guste.

—¡Campo para maniobrar! —se mofó Piter—. Los ojos del emperador se han posado ya en vos, barón. Os movéis demasiado audazmente. Un día el emperador enviará una o dos legiones de sus sardaukar a desembarcar aquí, en Giedi Prime, y ese será el fin del barón Vladimir Harkonnen.

—Te gustaría verlo, ¿verdad, Piter? —preguntó el barón—. Cuánto disfrutarías viendo las formaciones sardaukar arrasando mis ciudades y saqueando este castillo. Estoy seguro de que gozarías enormemente.

—¿Tenéis necesidad de preguntarlo, barón? —susurró Piter.

—Tendrías que haber sido bashar de uno de sus Cuerpos —dijo el barón—. Estás tan interesado en la sangre y el dolor... Quizá me he precipitado demasiado con mi promesa del botín de Arrakis.

Piter se movió a través de la estancia con pasos curiosamente cortos, deteniéndose directamente detrás de Feyd-Rautha. La atmósfera de la habitación era tensa, y el joven alzó los ojos hacia Piter con un fruncimiento de cejas.

—No juguéis con Piter, barón —dijo Piter—. Me prometisteis a la dama Jessica. Me lo prometisteis.

—¿Para qué, Piter? —preguntó el barón—. ¿Para causar daño?

Piter le miró, hundiéndose en el silencio.

Feyd-Rautha movió su silla flotante hacia un lado.

—Tío, ¿tengo que quedarme? Dijiste que...

—Mi querido Feyd-Rautha se impacienta —dijo el barón. Se movió entre las sombras tras la esfera—. Paciencia, Feyd —y volvió su atención hacia el mentat—. ¿Y el duquecito, querido Piter, el chico Paul?

—La trampa le traerá directamente a nuestras manos, barón —murmuró Piter.

—Esa no es mi pregunta —dijo el barón—. Te recuerdo que predijiste que aquella bruja Bene Gesserit le daría una hija al duque. Te equivocaste, ¿eh, mentat?

—No suelo equivocarme a menudo, barón —dijo Piter, y por primera vez hubo miedo en su voz—. Aceptadme esto: no me equivoco a menudo. Y vos sabéis bien que esas Bene Gesserit engendran generalmente hijas. Incluso la consorte del emperador únicamente ha producido hembras.

—Tío —dijo Feyd-Rautha—, dijiste que aquí habría algo importante para mí y...

—Oíd a mi sobrino —dijo el barón—. Aspira a controlar mi baronía y ni siquiera sabe controlarse a sí mismo. —Se movió tras la esfera, una sombra entre las sombras—. Bien, Feyd-Rautha Harkonnen, te he hecho venir aquí con la esperanza de poder enseñarte un poco de sabiduría. ¿Has observado a nuestro buen mentat? Tendrías que haber extraído algo de nuestra conversación.

—Pero, tío...

—Un mentat muy eficiente, este Piter, ¿no crees, Feyd?

—Sí, pero...

—¡Ah! ¡Ahí está: pero...! Consume demasiada especia, la come como si fueran bombones. ¡Mira sus ojos! Se diría que acaba de llegar directamente de una excavación arrakena. Eficiente, este Piter, pero también emotivo e inclinado a crisis apasionadas. Eficiente, este Piter, pero también capaz de equivocarse.

—¿Me habéis llamado aquí para deteriorar mi eficiencia con vuestras críticas, barón? —dijo Piter, con voz baja y grave.

—¿Deteriorar tu eficiencia? Me conoces bien, Piter. Solo quería que mi sobrino se diera cuenta de las limitaciones de un mentat.

—¿Acaso estáis adiestrando ya a mi sustituto? —inquirió Piter.

—¿Reemplazarte a ti? Vamos, Piter, ¿dónde encontraría yo a otro mentat con tu astucia y tu veneno?

—En el mismo lugar donde me encontrasteis a mí, barón.

—Quizá tenga que hacerlo —meditó el barón—. Me has parecido un poco inestable últimamente. ¡Y la especia que comes!

—¿Quizá mis placeres son demasiado caros, barón? ¿Poneis objeción a ello?

—Mi querido Piter, tus placeres son lo que te unen a mí. ¿Cómo podría objetar a ello? Solo deseo que mi sobrino observe algunas de tus características.

—¿Así que estoy en exhibición? —dijo Piter—. ¿Tengo que bailar? ¿Debo mostrarme en mis variadas funciones para el eminente Feyd-Rau...?

—Exactamente —dijo el barón—. Estás en exhibición. Ahora cállate. —Se volvió hacia Feyd-Rautha, notando en los labios del joven, gruesos y sensuales, la marca genética de los Harkonnen, curvados en una sutil mueca divertida—. Eso es un mentat, Feyd. Ha sido adiestrado y acondicionado para realizar algunas tareas. El hecho de que esté encajado en un cuerpo humano, sin embargo, no puede olvidarse. Es un serio inconveniente. A veces pienso que los antiguos, con sus máquinas pensantes, habían acertado.

—Eran juguetes comparadas conmigo —gruñó Piter—. Incluso vos, barón, podríais superar a esas máquinas.

—Quizá —dijo el barón—. Ah, bueno... —inspiró profundamente y eructó—. Ahora, Piter, describe para mi sobrino las líneas generales de nuestra campaña contra la Casa de los Atreides. Trabaja como un mentat para nosotros, por favor.

—Barón, ya os advertí que no había que confiar a un hombre tan joven esa información. Mis observaciones acerca de...

—Yo soy el único juez en esto —dijo el barón—. Te he dado una orden, mentat. Cumple una de tus varias funciones.

—De acuerdo —dijo Piter. Se envaró, asumiendo una extraña actitud de dignidad... y fue de nuevo como otra máscara, aunque esta vez recubriéndole todo el cuerpo—. Dentro de pocos días estándar, toda la familia del duque Leto embarcará en una nave de la Cofradía Espacial, rumbo a Arrakis. La Cofradía los depositará en la ciudad de Arrakeen, y no en nuestra ciudad de Carthag. El mentat del duque, Thufir Hawat, llegará a la acertada conclusión de que Arrakeen es más fácil de defender.

—Escucha atentamente, Feyd —dijo el barón—. Observa los planes en los planes de los planes.

Feyd-Rautha asintió, pensando: *Esto ya me gusta más. El viejo monstruo ha decidido finalmente introducirme en sus secretos. Eso quiere decir que piensa hacerme su heredero.*

—Hay varias posibilidades tangenciales —dijo Piter—. He señalado que la Casa de los Atreides irá a Arrakis. Pero no debemos ignorar, de todos modos, la posibilidad de que el duque haya establecido un contrato con la Cofradía para que esta le conduzca a algún lugar seguro fuera del Sistema. Otros en parecidas circunstancias han renegado de sus propias Casas, cogen sus armas atómicas y sus escudos familiares y huyen lejos del Imperio.

—El duque es demasiado orgulloso para hacer eso —dijo el barón.

—Es una posibilidad —dijo Piter—. De todos modos, para nosotros, el efecto final sería el mismo.

—¡No, no sería el mismo! —gruñó el barón—. Quiero verlo muerto y su linaje extinguido.

—Esta es la mayor probabilidad —dijo Piter—. Hay algunos preparativos que indican que una Casa se dispone a renegar. No parece que el duque se prepare para ello.

—Entonces sigue, Piter —suspiró el barón.

—En Arrakeen —dijo Piter—, el duque y su familia ocuparán la residencia, que antes fue la casa del conde y su dama Fenring.

—El embajador cerca de los contrabandistas —rió el barón.

—¿Embajador cerca de quién? —preguntó Feyd-Rautha.

—Tu tío ha hecho un chiste —dijo Piter—. Llama al conde Fenring embajador cerca de los «contrabandistas» indicando el interés que tiene el emperador hacia las operaciones de contrabando en Arrakis.

Feyd-Rautha dirigió a su tío una mirada perpleja.

—¿Por qué?

—No seas estúpido, Feyd —restalló el barón—. Mientras la Cofradía siga de hecho fuera del control imperial, ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo se moverían los espías y asesinos?

La boca de Feyd-Rautha pronunció un inarticulado «Oh».

—Hemos dispuesto algunas diversiones en la residencia —dijo Piter—. Habrá un atentado contra la vida del heredero de los Atreides... un atentado que quizá tenga éxito.

—¡Piter! —rugió el barón—. Te indiqué...

—He dicho que pueden producirse accidentes —dijo Piter—. Y esta tentativa de asesinato debe parecer auténtica.

—Bien, el chico tiene un cuerpo tan joven y tierno... —dijo el barón—. Por supuesto, potencialmente es más peligroso que su padre... con esa bruja de su madre para adiestrarlo. ¡Condenada mujer! Bueno, continúa, Piter, por favor.

—Hawat adivinará que tenemos un agente infiltrado entre ellos —dijo Piter—. El sospechoso más obvio es el doctor Yueh, que es realmente nuestro agente. Pero Hawat le ha investigado y ha sabido que nuestro doctor se ha graduado en la escuela Suk con condicionamiento imperial... lo cual le hace supuestamente seguro como para curar incluso al propio emperador. Se tiene mucha confianza en el condicionamiento imperial. Se asume que este condicionamiento es definitivo y no puede ser retirado sin matar al sujeto. Sin embargo, como alguien observó ya en su tiempo, con una palanca adecuada puede moverse incluso un planeta. Nosotros encontramos la palanca que pueda mover al doctor.

—¿Cómo? —preguntó Feyd-Rautha. Se sentía fascinado por el tema—. ¡Todos saben que es imposible trastornar el condicionamiento imperial!

—En otra ocasión —dijo el barón—. Continúa, Piter.

—En lugar de Yueh —dijo Piter—, vamos a colocar a otro sospechoso más interesante en el camino de Hawat. La propia audacia de la sospecha será lo que llame más la atención de Hawat sobre ella.

—¿Ella? —preguntó Feyd-Rautha.

—La propia dama Jessica —dijo el barón.

—¿No es sublime? —preguntó Piter—. La mente de Hawat estará tan alterada con esta posibilidad que sus funciones de mentat se verán disminuidas. Incluso podría intentar matarla. —Piter frunció el ceño—. Pero no creo que lo lleve a cabo.

—Y tú no deseas que lo haga, ¿eh? —preguntó el barón.

—No me distraigáis —dijo Piter—. Mientras Hawat anda ocupado con la dama Jessica, distraeremos su atención con rebeliones en algunas ciudades donde haya guarnición y cosas así. Todo ello será sofocado. El duque creará que domina la situación. Después, cuando el momento sea propicio, le haremos un signo a Yueh y avanzaremos con el grueso de nuestras fuerzas...

—Adelante, cuéntaselo todo —dijo el barón.

—Los atacaremos apoyados por dos legiones de sardaukar disfrazados con ropas harkonnen.

—¡Sardaukar! —musitó Feyd-Rautha. Su mente evocó las terribles tropas imperiales, los despiadados asesinos, los soldados fanáticos del emperador Padishah.

—Observa hasta qué punto tengo confianza en ti, Feyd —dijo el barón—. Nada de todo esto debe trascender a ninguna otra Gran Casa, ya que de otro modo el Landsraad podría unirse contra la Casa Imperial, y sería el caos.

—El punto más importante —dijo Piter— es este: desde el momento en que la Casa de los Harkonnen va a ser usada para realizar el trabajo sucio del emperador, se beneficiará de una cierta ventaja. Una ventaja peligrosa, seguro, pero que si es usada con prudencia puede convertir a los Harkonnen en una Casa inmensamente más rica que cualquier otra.

—No te haces una idea de la cantidad de riquezas que se hallan aquí empeñadas, Feyd —dijo el barón—. Ni siquiera en tus más locos sueños. En primer lugar, nos aseguraremos de forma irrevocable un directorio de la Compañía CHOAM.

Feyd-Rautha asintió. La riqueza era lo único importante. La CHOAM era la llave de la riqueza, cada Casa noble hundía sus manos en los cofres de la Compañía siempre que podía y bajo control de un directorio.

Ese directorio de la CHOAM era la evidencia real del poder político en el Imperio, cambiando de acuerdo con los votos de las inestables fuerzas del Landsraad, que servían de equilibrio frente al emperador y sus sostenedores.

—El duque Leto —dijo Piter— puede buscar refugio entre los pocos fremen que viven al filo del desierto. O quizá prefiera mandar a su familia a esa imaginaria seguridad. Pero tal camino está bloqueado por uno de los agentes de su majestad... el ecólogo planetario. Seguramente lo recordarás... Kynes.

—Feyd lo recuerda —dijo el barón—. Continúa.

—No os gustan mucho los detalles, barón —dijo Piter.

—¡Continúa, te lo ordeno! —rugió el barón.

Piter se encogió de hombros.

—Si todo marcha como está planeado —dijo—, la Casa de los Harkonnen tendrá un subfeudo en Arrakis dentro de un año estándar. Tu tío obtendrá la administración de ese feudo. Su agente personal dominará Arrakis.

—Más beneficios —dijo Feyd-Rautha.

—Exacto —dijo el barón. Y pensó: *Es lo justo. Nosotros fuimos quienes colonizamos Arrakis, excepto esos pocos mestizos fremen que se esconden al borde del desierto... y unos pocos e inofensivos contrabandistas ligados más estrechamente al planeta que los propios trabajadores indígenas.*

—Y las Grandes Casas sabrán entonces que el barón ha destruido a los Atreides —dijo Piter—. Todas lo sabrán.

—Todas lo sabrán —suspiró el barón.

—Y lo más encantador de todo —dijo Piter— es que el duque también lo sabrá. Ya lo sabe ahora. Ya presiente la trampa.

—Es cierto que el duque lo sabe —dijo el barón, y su voz tuvo una nota de tristeza—. Y no puede hacer nada... y eso es lo más triste.

El barón se alejó de la esfera de Arrakis. Y, al emerger de las sombras, su silueta adquirió otra dimensión... grande e inmensamente gruesa. Y los sutiles movimientos de sus protuberancias bajo los pliegues de su oscura ropa revelaban que sus grasas estaban sostenidas parcialmente por suspensores portátiles anclados a sus carnes. Su peso debía ser realmente de unos doscientos kilos estándar, pero sus pies no sostenían más de cincuenta de ellos.

—Tengo hambre —gruñó el barón, y se frotó con su mano cubierta de anillos los gruesos labios, mirando a Feyd-Rautha con unos ojos enterrados en grasa—. Pide que nos traigan comida, querido. Tomaremos algo antes de retirarnos.

Así habló Santa Alia del Cuchillo: «La reverenda madre debe combinar las artes de seducción de una cortesana con la intocable majestad de una diosa virgen, manteniendo estos atributos en tensión tanto tiempo como subsistan los poderes de su juventud. Pues una vez se hayan ido belleza y juventud, descubrirá que el lugar intermedio ocupado antes por la tensión se ha convertido en una fuente de astucia y de recursos infinitos.»

—De *Muad'Dib, comentarios familiares*, por la princesa Irulan

—Bien, Jessica, ¿qué tienes que decirme por ti misma? —preguntó la reverenda madre.

Había llegado, en el castillo Caladan, el crepúsculo del día en que había sufrido su prueba. Las dos mujeres estaban solas en las habitaciones de Jessica mientras Paul esperaba en la Sala de Meditación, situada al lado.

Jessica estaba de pie ante las ventanas que se abrían al sur. Miraba sin ver las coloreadas nubes vespertinas, más allá del prado y del río. Oía sin escuchar la pregunta de la reverenda madre.

Ella también había sufrido la prueba, hacía tantos años de ello... Una jovencita delgada, de cabellos color bronce, con el cuerpo torturado por los vientos de la pubertad, había entrado en el estudio de la reverenda madre Gaius Helen Mohiam, censor superior de la escuela Bene Gesserit en Wallach IX. Jessica contempló su mano derecha, flexionó los dedos, recordando el dolor, el terror, la rabia.

—Pobre Paul —susurró.

—¿Te he hecho una pregunta, Jessica! —la voz de la vieja mujer era brusca, imperativa.

—¿Qué? Oh... —Jessica extrajo su atención del pasado e hizo frente a la reverenda madre, que estaba sentada con la espalda apoyada en la pared de piedra, entre las dos ventanas que miraban al este—. ¿Qué debo decirlos?

—¿Qué debes decirme? ¿Qué debes decirme? —La vieja voz tenía un tono de burla cruel.

—¡Sí, tuve un hijo! —estalló Jessica. Y sabía que la vieja la había llevado deliberadamente hasta la irritación.

—Se te había ordenado que engendrases solamente hijas a los Atreides.

—Significaba tanto para él —se justificó Jessica.

—¡Y, en tu orgullo, pensaste que podías engendrar al Kwisatz Haderach! Jessica irguió la cabeza.

—Tuve en cuenta la posibilidad.

—Pensaste tan solo en el deseo de tu duque de tener un varón —restalló la vieja mujer—. Y sus deseos no tienen nada que ver con esto. Una hija Atreides hubiera podido casarse con un heredero Harkonnen, y la brecha hubiera quedado cerrada. Complicaste las cosas de forma impredecible. Ahora corremos el riesgo de perder ambas líneas genéticas.

—No sois infalible —dijo Jessica. Sostuvo la mirada de aquellos fríos ojos.

—Lo que está hecho, hecho está —dijo finalmente la vieja mujer.

—He formulado votos de que nunca lamentaré mi decisión —dijo Jessica.

—Qué noble por tu parte —se mofó la reverenda madre—. Ningún lamento. Ya lo veremos cuando huyas con tu cabeza puesta a precio y con todas las manos alzadas contra tu vida y la de tu hijo.

Jessica palideció.

—¿No hay otra alternativa?

—¿Alternativa? ¿Cómo puede preguntar esto una Bene Gesserit?

—Solo quiero saber lo que habéis podido ver en el futuro con vuestros poderes superiores.

—Veo en el futuro lo mismo que he visto en el pasado. Conoces bien nuestros asuntos, Jessica. La raza sabe que es mortal, y teme el estancamiento de su herencia. Es el flujo de la sangre... la urgencia de mezclar las características genéticas sin una planificación. El Imperio, la Compañía CHOAM, todas las Grandes Casas, tan solo son los restos de naufragios arrastrados por este flujo.

—La CHOAM —murmuró Jessica—. Supongo que ya ha decidido cómo repartirá los despojos de Arrakis.

—¿Qué es la CHOAM sino una veleta moviéndose al soplo de nuestro tiempo? —dijo la vieja mujer—. El emperador y sus amigos controlan actualmente un cincuenta y nueve coma sesenta y cinco por ciento de los votos del directorio de la CHOAM. Seguramente han visto lo provechoso que es esto, y como otros también verán lo mismo, la potencia de sus votos se incrementará. Así se hace la historia, muchacha.

—Eso es exactamente lo que me hace falta ahora —dijo Jessica—. Un repaso de historia.

—¡No seas sarcástica, muchacha! Sabes tan bien como yo cuáles son las fuerzas que nos rodean. Nuestra civilización reposa sobre tres puntos: la Casa Imperial, en equilibrio entre las Grandes Casas Federadas del Landsraad y, entre ellas, la Cofradía y su maldito monopolio de los transportes interestelares. En política, el trípede es la más inestable de todas las estructuras. Y ya sería malo sin las

complicaciones de una cultura comercial feudal que da la espalda a cualquier ciencia.

—Restos arrastrados por el flujo... —repitió Jessica amargamente—. Y los restos, aquí, son el duque Leto, y también su hijo, y también...

—Oh, cállate, muchacha. Cuando entraste en este juego sabías muy bien cuál era el avispero que ibas a encontrar en él.

—Soy una Bene Gesserit —citó Jessica—. Existo tan solo para servir.

—Exacto —dijo la vieja mujer—. Y todo lo que podemos esperar es impedir que todo esto provoque una conflagración general, a fin de preservar todo lo que podamos de las líneas genéticas más importantes.

Jessica cerró los ojos, sintiendo el escozor de sus lágrimas a punto de brotar. Combatió el temblor interno que la sacudía, el temblor externo, la respiración jadeante, el batir desordenado del pulso, el sudor de sus palmas. Entonces dijo:

—Pagaré por mis errores.

—Y tu hijo pagará contigo.

—Le protegeré tanto como pueda.

—¡Protegerle! —chasqueó la vieja mujer—. ¡Sabes bien lo débil que es! Si le proteges demasiado, Jessica, nunca será lo suficientemente fuerte como para alcanzar un destino, cualquier destino.

Jessica se volvió y miró al otro lado de la ventana las sombras cada vez más densas.

—¿Es realmente tan terrible ese planeta, Arrakis?

—Bastante malo, pero no totalmente malo. La Misionaria Protectora pasó por allá y lo mejoró un poco. —La reverenda madre se alzó, alisando un pliegue de su vestido—. Dile al muchacho que venga. Debo irme pronto.

—¿Debéis?

La voz de la vieja mujer se suavizó:

—Jessica, muchacha, me gustaría estar en tu lugar y asumir tus sufrimientos. Pero cada una de nosotras debe seguir su propio camino.

—Lo sé.

—Eres para mi tan querida como cualquiera de mis otras hijas, pero no debo dejar que esto interfiera con el deber.

—Comprendo... la necesidad.

—Todo lo que has hecho, Jessica, y el por qué lo has hecho... ambas lo comprendemos. Pero la sinceridad me obliga a decirte que hay pocas esperanzas de que tu hijo sea Totalmente Bene Gesserit. No esperes demasiado.

Jessica se quitó las lágrimas que se habían formado en el ángulo de sus ojos. Era un gesto de rabia. Dijo:

—Me hacéis sentir de nuevo como una chiquilla recitando mi primera lección.

—Obligó a las palabras a que surgieran—: «Los humanos no deben someterse nunca a los animales». —Un brusco sollozo la sacudió. Dijo, en un murmullo—: He estado tan sola.

—Esto forma parte de la prueba —dijo la vieja mujer—. Los humanos están casi siempre solos. Ahora, llama al chico. Ha sido para él un día largo y terrible. Pero ha tenido suficiente tiempo para reflexionar y recordar, y debo hacerle algunas otras preguntas acerca de sus sueños.

Jessica asintió, se dirigió hacia la Sala de Meditación y abrió la puerta.

—Paul, entra, por favor.

Paul obedeció con reluctante lentitud. Miró a su madre como si fuera una extraña. Sus ojos se posaron circunspectos en la reverenda madre, pero esta vez solo inclinó ligeramente la cabeza, como si se dirigiera a un igual. Oyó a su madre cerrar la puerta detrás de él.

—Joven —dijo la vieja mujer—, volvamos al asunto de tus sueños.

—¿Qué queréis saber? —preguntó él.

—¿Sueñas cada noche?

—No sueños que valga la pena recordar. Puedo recordar todos los sueños, pero algunos merece la pena recordarlos, y otros no.

—¿Cómo sabes la diferencia?

—Simplemente la sé.

La vieja mujer echó una ojeada a Jessica y luego volvió a Paul.

—¿Qué soñaste esta última noche? ¿Valía la pena que lo recordaras?

—Sí. —Paul cerró sus ojos—. Soñé con una caverna... y agua... y había una chica... muy delgada, con grandes ojos. Sus ojos eran totalmente azules, sin blanco. Yo le hablaba de vos, le decía que había visto a la reverenda madre en Caladan. —Paul abrió sus ojos.

—¿Y lo que le contabas a esa extraña chica era lo que ha ocurrido hoy?

Paul reflexionó un instante, y luego dijo:

—Sí. Le dije a la chica que vos habíais venido y que me habíais marcado con un sello que me hacía extraño.

—Un sello que te hacía extraño —murmuró la vieja mujer, y lanzó otra ojeada a Jessica antes de volver de nuevo su atención a Paul—. Ahora, dime la verdad, Paul: ¿tienes a menudo esos sueños en los que ocurren cosas que luego se repiten en la realidad exactamente a como las has soñado?

—Sí. Y ya había soñado con esa chica antes.

—¿Oh? ¿La conoces?

—La conoceré.

—Háblame de ella.

Paul cerró de nuevo sus ojos.

—Nos hallamos en un pequeño lugar entre rocas, a cubierto. Es casi de noche, pero hace calor y puedo ver manchas de arena fuera, a través de las rocas. Estamos... esperando algo... debo encontrarme con alguien. Y ella está aterrada pero intenta ocultarlo, y yo estoy excitado. Y ella me dice: «Háblame de las aguas de tu mundo natal, Usul». —Paul abrió sus ojos—. ¿No es extraño? Mi mundo natal es Caladan. Nunca he oído hablar de un planeta llamado Usul.

—¿Hay algo más en este sueño? —interrumpió Jessica.

—Sí. Pero pienso que tal vez ella me llamara Usul a mí —dijo Paul—. Acaba de ocurrírseme ahora. —Cerró de nuevo sus ojos—. Me pide que le hable acerca de las aguas. Y yo tomo su mano. Y le digo que voy a recitarle un poema. Y le recito el poema, pero tengo que explicarle algunas de las palabras, como playa y resaca y algas y gaviotas.

—¿Cuál poema? —preguntó la reverenda madre.

Paul abrió los ojos.

—Uno de los poemas cantados de Gurney Halleck para tiempos tristes.
Detrás de Paul, Jessica empezó a recitar:

Recuerdo el humo salado de un fuego en la playa.
Y las sombras bajo los pinos...
Sólidas, definidas, concretas...
Las gaviotas encaramadas en el promontorio,
blanco sobre verde...
Y el viento corriendo entre los pinos,
haciendo ondear las sombras;
las gaviotas distendiendo las alas,
volando,
y llenando el cielo con sus gritos.
Y oigo el viento
soplando a lo largo de la playa,
y la resaca,
y veo cómo nuestra hoguera
ha abrasado las algas.

—Ese es —dijo Paul.

La vieja mujer miró a Paul y dijo:

—Joven, como censor de la Bene Gesserit, busco el Kwisatz Haderach, el macho que pueda convertirse realmente en una de nosotras. Tu madre ve en ti esta posibilidad, pero la ve con los ojos de una madre. Yo también veo esa posibilidad, pero nada más.

Guardó silencio, y Paul comprendió que estaba deseando que él hablara. Esperó.

—Bien, sea como tú quieras —dijo ella al cabo de un momento—. Hay profundos abismos en ti; lo admito.

—¿Puedo irme ahora? —preguntó él.

—¿No deseas oír lo que puede decirte la reverenda madre acerca del Kwisatz Haderach? —preguntó Jessica.

—Ha dicho que todos los que lo habían intentado han muerto.

—Pero puedo darte algunos indicios acerca de sus fracasos —dijo la reverenda madre. *Habla de indicios*, pensó Paul. *Pero en realidad no sabe nada*. Y dijo:

—Dádmelos.

—¿E iros al diablo? —Esbozó una sonrisa, y las arrugas se entrecruzaron en su rostro—. Muy bien: «Quien se somete, domina.»

Se sintió atónito; le estaba hablando de algo tan elemental como la tensión dentro de la intencionalidad. ¿Creía que su madre no le había enseñado nada?

—¿Esto es un indicio? —preguntó.

—No estamos aquí para jugar con las palabras o discutir sobre su significado —dijo la vieja mujer—. El sauce se somete al viento y prospera hasta el día en que habrá a su alrededor tantos sauces que formarán una barrera contra el viento. Esta es la finalidad del sauce.

Paul la miró. Ella había dicho finalidad, y sintió que la palabra lo golpeaba, infectándolo de nuevo con aquella terrible finalidad. Experimentó una súbita rabia contra ella: fatua vieja bruja con su boca llena de tópicos.

—Creéis que puedo ser ese Kwisatz Haderach —dijo—. Habéis hablado de mí, pero no habéis dicho absolutamente nada acerca de lo que podemos hacer para ayudar a mi padre. Os he oído hablar a mi madre. Habláis como si mi padre estuviera ya muerto. ¡Bien, pues no es así!

—Si fuera posible hacer algo por él, ya lo habríamos hecho —gruñó la vieja mujer—. Quizá consigamos salvarte a ti. Es dudoso, pero posible. En cuanto a tu padre, no. Cuando hayas conseguido aceptar este hecho, habrás aprendido una verdadera lección Bene Gesserit.

Paul se dio cuenta de cómo las palabras habían herido a su madre. Miró irritado a la vieja mujer. ¿Cómo podía decir aquello de su padre? ¿Cómo podía estar tan segura? Su mente ardía con el resentimiento.

La reverenda madre miró a Jessica.

—Lo has entrenado bien a la manera... he observado los signos. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar, y al diablo las reglas.

Jessica asintió.

—Ahora quiero advertirte —dijo la vieja mujer—. No olvides el orden regular de su adiestramiento. Su propia seguridad requiere la Voz. Ya tiene alguna idea sobre esto, pero ambas sabemos que necesita mucho más... y desesperadamente. —Se acercó a Paul, mirándole con fijeza—. Adiós, joven humano. Espero que tengas éxito. Pero, ocurra lo que ocurra... bien, nosotras llegaremos igualmente.

Miró de nuevo a Jessica. Un imperceptible signo de comprensión pasó entre las dos. Entonces la vieja mujer salió de la estancia con un suave roce de sus ropas, sin volver la vista atrás. La estancia y sus ocupantes habían quedado excluidos de sus pensamientos.

Pero Jessica había podido contemplar el rostro de la reverenda madre en el momento en que se giraba. Había lágrimas en aquellas arrugadas mejillas. Lágrimas más intranquilizadoras que cualquier otra palabra o signo que se hubiera intercambiado entre ellos aquel día.